

# Versaciones de un chupaplumas

## Pensé que estaba contento



Pero cuando muy pocos días después volvimos a vernos lo encontré deprimido.

— ¿Qué te pasa? — le dije, cerrando la carpeta y dejándola a un lado.

— Nada — repuso — ¿Qué quieres que me pase?

— Nada...

— ¡Pues a ver si es verdad! — contestó, con un algo de sarcasmo y pidiendo “a ver esos malditos folios” que *hoy*, dijo, *tengo poco*



*tiempo que perder.*

— No — y para reforzar mi negativa, recuerdo, coloqué sobre la carpeta el paquete de tabaco y el mechero —; si no estás de humor será mej...

— ¿Vas a empezar de nuevo? — inquirió. Y parecía francamente molesto.

— No. Bueno... — titubeé —; quiero decir “no sé”. Mi intención era seguir porque, como la otra tarde parecías satisfech...

— ¿Y cuánto puede importar eso?

— Pues mucho. Después de todo tú eres el escritor, el que sabe de esto; y yo había pensado que si estabas content...

— ¡Y dale conmigo!

— Vale, vale... Hoy no estás de humor; es por eso que...

— ¿Te querrás olvidar de mi humor? — inquiriere — ¿Te podrás olvidar de mi jodido humor y entrar en materia de una maldita vez y en serio?

— Sí, pero otro día; otro día que te encuentres en mejor predisposi...

— ¡A mi predisposición que la zurzan! ¿Te enteras?

— De acuerdo...

— “De acuerdo”, no — rebate —. Lo dices con desgana, sin entusiasmo, sin prestar atención a lo que si de verdad estás dispuesto a colaborar debe ocuparte...

— ¡“Si de verdad estas dispuesto a colaborar”! — y me siento dolido, casi menospreciado — Sabes de sobra, y a la vista está — aparto el tabaco y el mechero; abro la carpeta y doy un palmetazo sobre los folios — que estoy poniendo toda mi mejor voluntad en esto...

# Versaciones de un chupaplumas

## Pensé que estaba contento

– No, si sí — admite, aunque como que a regañadientes —; buenísima a lo mejor lo es, pero tan débil, tan irresoluta, tan huidiza y timorata...

– ¡Hiriente! — lo corto, cerrando la carpeta de nuevo y volviendo a poner sobre ella el tabaco y el mechero — Hiriente y ofensivo, estás también.

No contesta. Se queda un rato en silencio, con la cabeza entre las manos. Luego se endereza, pide a la camarera un café “por favor doble”, tabalea sobre el tablero, infla los carrillos y sopla emitiendo una especie de brrr o algo así, se rasca la frente y dice *verás...*

– Verás... — dice.

Pero se para para, entornando un ojo, preguntar si voy a ser capaz de comprenderlo.

Le contesto que lo intentaré y él dice *de acuerdo* y que pues entonces deje de marear la perdiz, y de ocuparme de él garabateando si está de tal humor o de tal otro, y de poner en su boca cosas que él me ha dicho que — le parece a él y *si no*, me sugiere, *tómate la molestia de pararte a pensarlas un poco* y que ya veré cómo chirrían — quedarían bastante mejor si me las llamase yo mismo.

– ¿Como qué, por ejemplo? — le pregunto.

– Como que eres un escritor de mierda — dice.

– ¿Ah; si?

– Si: “Un escritor de mierda”, dije.

– Vale; ya me he enterado... ¿Y?

– Pues que no me gusta...

– ¿Y qué es lo que quieres que yo haga?

Se encoge de hombros y dice que él qué sabe; que si es que me lo tiene que dar todo resuelto y masticado; y que piense algo, una fórmula<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Que tiempo de sobra tendré por las mañanas, en el ministerio, sin otra cosa que me pueda distraer mas que “tus aburridos expedientes” — dice —, de discurrir un diálogo con el que plasmar negro sobre blanco “si es que te quieres mantener en la idea de que discutamos por tal o por cual nombre para Camelia” nuestros desacuerdos. Pero que con uno o con otro lo que no tengo que perder de vista es que la protagonista “es ella, no yo”; y que deje por tanto de hacer mención constantemente a qué él dice, y cómo lo dice, y cuándo lo dice, y por qué lo dice...

– ¿Te estás enterando? — me pregunta.

– Sí.

Y zanja el tema con que pues entonces “¡Hala!” y que, *ahora*, si no me importa, será mejor que por hoy lo dejemos...

# Versaciones de un chupaplumas

## Pensé que estaba contento

---

Le digo que sí, que claro, *además tú tenías prisa*.

Dice que no, que no tiene nada que hacer, que lo dijo nada más para que no tuviera que ser yo quien dijese “me tengo que marchar”, porque entonces a lo mejor me sentía obligado a explicar que es que iba otra vez a casa de Ramírez alegando que era por el tema de la papiroflexia pero que...

– ¿Qué? — pregunto.

– No, nada... Además — añade, tras pensárselo un poco — me parece bien que te estés empezando a encariñar un poco con... ¿Cómo quedamos en que se llamaba?

– Sonia.

– Sonia — repite él —; eso es.

Y se queda como pensativo, un ratito, tabaleando sobre el tablero otra vez y volviendo a inflar los carrillos para soplar después el aire emitiendo una especie de brrr; luego se pone de pie y dice “bueno, pues venga” y que “Sonia, sí; puede estar bien” pero que, a él, “en fin tú verás, yo no quiero influenciarte”, siempre le pareció que no era la de las botas con vueltas de piel sino la otra.